



Recensión del libro:

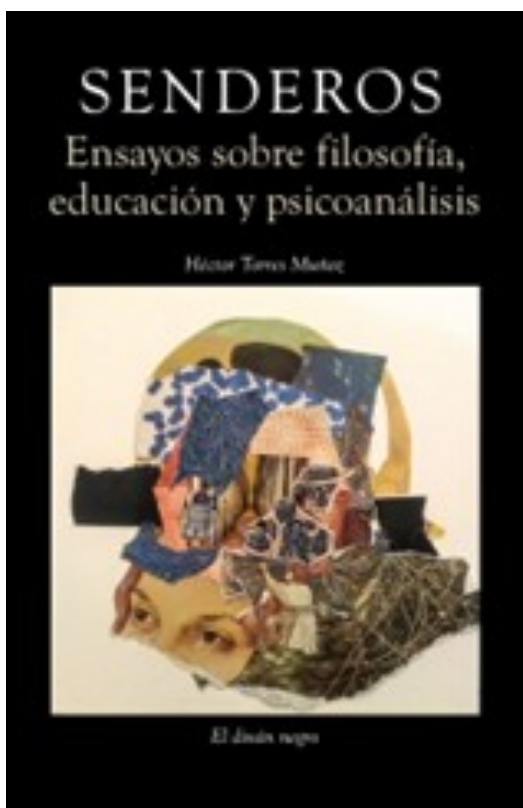
Senderos. Ensayos sobre filosofía, educación y psicoanálisis.

Torres, H. (2023). Senderos. Ensayos sobre filosofía, educación y psicoanálisis. Editorial El Diván Negro.

Camila Ortega González
 Miembro del equipo de investigación de la Facultad de
 Medicina, ICEST Campus Tampico 2000.
<https://orcid.org/0009-0008-1113-1010>

Cómo referenciar este artículo / How to reference this article:

Ortega González, C. Recensión del libro: Senderos. RICAP (Revista Integradora De La Comunidad Académica En Psicología), 2(2).
<https://doi.org/10.61566/ricap.v2i2.54>



Resumen: El libro “Senderos” del Dr. Héctor Torres Muñoz es una profunda reflexión filosófica que utiliza la metáfora del camino para explorar la existencia, la identidad y las decisiones que nos definen. La obra presenta una estructura fragmentada que refleja la naturaleza de nuestras elecciones, donde cada capítulo representa una bifurcación vital y una posibilidad abandonada. El autor cuestiona si los senderos llevan a un “hogar” real o si este es solo una construcción mental para dar certidumbre a nuestra incertidumbre. A través de ensayos que son reencuentros con nosotros mismos, se invita al lector a aceptar la fluidez de la vida y encontrar la emancipación no en un destino final, sino en el acto mismo de caminar y abrazar el caos y la fragmentación como partes constitutivas del ser.

Palabras clave: senderos, decisión, identidad, emancipación

Abstract: The book “Senderos” by Dr. Héctor Torres Muñoz is a profound philosophical reflection that uses the metaphor of a path to explore existence, identity, and the decisions that define us. The work presents a fragmented structure that mirrors the nature of our choices, where each chapter represents a vital fork in the road and an abandoned possibility. The author questions whether these paths lead to a genuine “home” or if it is merely a mental construct that provides certainty in the face of uncertainty. Through essays that serve as reunions with us, the reader is invited to accept life’s fluidity and to find emancipation not in a final destination, but in the very act of walking, embracing chaos and fragmentations as constitutive parts of being.

Keywords: paths, decision, identity, emancipation

Fecha de recepción V1: 29/08/2025

Fecha de recepción V2: 27/09/2025

Fecha de aceptación: 29/09/2025

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Copyright 2025, Universidad Autónoma de Tlaxcala

RICAP Revista Integradora de la Comunidad Académica en Psicología

ISSN: 3061-7332

Octubre 2025, Vol. 2 No. 2

Hay libros que tienen impacto en nuestras vidas, como esas piezas musicales que llegan a tu alma sin previo aviso, o esas tormentas interiores que no sabes que llevas dentro hasta que el viento las despierta. *Senderos* del Dr. Héctor Torres Muñoz es uno de esos libros: un viaje entre las sombras y luces del pensamiento humano, que nos obliga a cuestionar la existencia, la identidad y el sentido profundo de nuestras propias rutas personales. La metáfora misma del título, senderos, resuena como una invitación a recorrer caminos enigmáticos y a explorar territorios no solo externos, sino también internos, esos que nos definen y transforman sin que siquiera seamos conscientes de ello.

Hablar de *Senderos* es como hablar de una entidad fragmentada, una serie de piezas que, aunque dispersas, se entrelazan a través de una estructura profunda que nos invita a mirar la vida como un continuo caminar por sendas inciertas. Cada capítulo de este libro, como un sendero en sí mismo, es una decisión; un camino que nos lleva a una bifurcación y al mismo tiempo, al cuestionamiento de lo que hubiera ocurrido si hubiéramos tomado un camino distinto. Esta fragmentación del texto, tanto en su forma como en su contenido, parece reflejar la naturaleza misma de las decisiones humanas, aquellas que, aunque nos definan, siempre dejan abiertas múltiples posibilidades.

A lo largo de sus páginas, el autor nos muestra que cada sendero no es solo un camino físico o literal, sino una representación de las decisiones, de los momentos cruciales que nos definen. Cada paso que damos hacia adelante puede ser tan incierto como los pensamientos que nos acechan en el silencio de la madrugada.

Pero entonces surge la pregunta: ¿realmente todos los senderos llevan a casa? ¿O simplemente somos nosotros quienes nos atamos a la tarea autoimpuesta de buscar un sentido de pertenencia, como si fuese un destino final? En nuestra constante búsqueda de un lugar al que llamar 'hogar', ¿no estaremos limitando nuestras verdaderas posibilidades, prisioneros de una idea que nos conforta, pero que a la vez nos aleja de todo lo que podría expandir nuestra experiencia? Quizás es el miedo al vacío lo que nos hace anhelar esa 'casa', esa certeza que, tal vez, nunca existió.

Quizás, después de todo, todos los senderos no nos llevan a casa. Tal vez ni siquiera es real ese hogar que tanto buscamos, esa tierra prometida que idealizamos en nuestras mentes como un refugio contra la incertidumbre. ¿Y si lo que realmente estamos buscando no es un hogar, sino la quietud dentro de

nuestro propio caos, la aceptación de que la casa no es un lugar, sino una construcción que hacemos con las piezas de nuestros propios miedos, deseos y deseos no cumplidos? Tal vez el único 'hogar' real sea el que nos damos a nosotros mismos, al aprender a caminar por esos senderos, sin la necesidad de encontrar siempre un destino final.

En el prefacio de *Senderos*, el Dr. Héctor Torres Muñoz señala una verdad que me parece fundamental: "La cercanía con las letras siempre es sutil, a veces cruenta, a veces dócil, pero siempre sutil." Esa sutilidad, casi imperceptible en su profundidad, describe con exactitud la relación que los lectores tenemos con los libros.

La escritura no es solo un vehículo de comunicación, sino una experiencia que nos atraviesa de manera suave, casi imperceptible, pero que deja huella, aunque no siempre seamos conscientes de ello. Las palabras pueden ser, en ocasiones, suaves como una caricia, pero también tienen la capacidad de ser cruentas, de hacernos confrontar nuestras propias sombras, nuestros miedos más íntimos. La cercanía con las letras es, por tanto, un acto de vulnerabilidad: nos abren puertas que quizás preferiríamos mantener cerradas, pero al mismo tiempo, nos permiten vernos con una claridad que no se encuentra en ningún otro lugar.

El Dr. Torres Muñoz también nos recuerda que "con las letras nunca hay desencuentros, pero los encuentros que generan siempre son inconfundibles". Esta reflexión tiene una resonancia profunda, pues nos invita a considerar que, aunque no siempre podamos entender todo lo que leemos o incluso las emociones que despiertan en nosotros, la relación con los libros nunca es fortuita. La escritura, en su forma más pura, es un encuentro inevitable, un cruce de caminos entre el autor y el lector.

Las palabras nunca son errantes ni casuales; su llegada a nosotros tiene siempre un propósito, aunque este no se revele en el momento exacto. A veces, las letras nos tocan en lo más profundo cuando menos lo esperamos, generando un impacto que, aunque incierto en sus formas, siempre es reconocible en su esencia. Este encuentro, tan único como necesario, nos transforma, aunque a menudo no podamos articular el porqué.

El autor también nos invita a reflexionar sobre la naturaleza de lo que estamos buscando en las palabras, sugiriendo que "estas líneas tienen un propósito, no de verdad, pero tal vez sí de certeza", marcando una

distinción clave entre dos conceptos fundamentales que suelen definirse de manera casi idéntica: la verdad y la certeza. La verdad, en su sentido absoluto, es algo que nos resulta esquivo, un ideal que quizás nunca alcanzamos. En cambio, la certeza es algo más cercano, algo que se construye a partir de nuestras propias interpretaciones, de nuestros propios entendimientos, aunque nunca llegue a ser total. El propósito de un libro no es, entonces, darnos una verdad definitiva, sino ofrecernos una certeza transitoria, un sentido momentáneo que, aunque nunca sea absoluto, nos permita seguir adelante, cuestionando, explorando, reflexionando. La certeza no es la resolución final, sino el punto de partida hacia una comprensión más profunda y enriquecedora de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser.

Esto nos lleva a la afirmación de que “somos el resultado de nuestras experiencias”, una verdad innegable que subyace en todo lo que leemos y vivimos. No somos seres estáticos; somos, en cambio, una construcción dinámica de nuestras vivencias, de nuestras decisiones y de todo lo que nos ha tocado experimentar. Cada paso que damos, cada interacción que tenemos, cada emoción que sentimos se graba en nosotros de manera indeleble.

Y aunque nos empeñemos en huir de ciertos momentos o rechazar lo que nos ha marcado, la realidad es que esas experiencias nos definen. Nuestra identidad, nuestra esencia, está formada por las huellas que dejamos en el camino y cada una de esas huellas es única. La obra del Dr. Torres Muñoz nos invita a reconocer que no somos simplemente un conjunto de ideas o emociones, sino una totalidad compleja que se ha ido construyendo a lo largo del tiempo, una acumulación de todo lo que hemos vivido.

En este mismo sentido, el autor nos lleva a pensar sobre el conocimiento ancestral, cuando afirma que “en la transmisión del vivir de los antiguos encontramos respuestas a los enigmas presentes y futuros”. Esta es una idea poderosa, pues nos recuerda que no estamos solos en nuestra búsqueda de sentido. A lo largo de los siglos, los seres humanos han tratado de responder las mismas preguntas: ¿qué significa vivir?, ¿por qué sufrimos?, ¿cómo encontrar la paz en medio de la incertidumbre?

Los antiguos, con su sabiduría acumulada, ya pensaron sobre estos mismos temas y en su legado encontramos enseñanzas que siguen siendo relevantes. No se trata de encontrar respuestas fáciles, sino de

abrirnos a las lecciones que aquellos que caminaron antes que nosotros nos dejaron, pues, como bien dice el Dr. Torres Muñoz, “en la transmisión del vivir de los antiguos” podemos hallar pistas que iluminen el camino hacia las respuestas que buscamos, incluso si no son definitivas.

El doctor también nos habla del psicoanálisis cuando señala que “la verdadera y absoluta inspiración del psicoanálisis es nuestra opinión, esa eterna necesidad, ese desconocimiento, esa falta, esa ansia, aquella duda eterna que nos impide comprender lo que hay en el fondo de nuestros pensamientos”. Estas palabras me conectaron de inmediato con *La felicidad líquida* de Zygmunt Bauman, quien habla precisamente de cómo, en nuestra era contemporánea, la insatisfacción y la incertidumbre se han convertido en parte de nuestra existencia cotidiana. La falta, esa sensación de vacío, es el motor que nos empuja hacia adelante, pero también nos mantiene atrapados en un ciclo constante de búsqueda.

Como bien apunta Bauman, la insatisfacción permanente, esa sensación de que nunca alcanzamos lo que realmente deseamos, es una característica de nuestra era líquida, en la que todo parece ser efímero y nada tiene una forma sólida y duradera. Es precisamente esa falta, esa duda eterna, la que nos impide comprender lo que está en el fondo de nuestros pensamientos, y al mismo tiempo, la que nos impulsa a seguir buscando, a seguir cuestionando, a seguir caminando por esos senderos que, aunque inciertos, nos permiten acercarnos a lo que quizás ni siquiera sabemos que necesitamos.

En *Senderos*, el Dr. Héctor Torres Muñoz nos lleva por un viaje de reflexiones filosóficas que nos invitan a cuestionar nuestras decisiones, a desentrañar nuestras identidades fragmentadas y a comprender el alcance de las elecciones que tomamos a lo largo de nuestras vidas. Cada ensayo se presenta como un sendero que podría habernos llevado a otros destinos.

Esta estructura, fragmentada en sus formas, pero coherente en su propósito, nos recuerda que la vida misma es un rompecabezas de decisiones, un conjunto de bifurcaciones que no podemos retroceder, pero que nos permiten reflexionar sobre las posibilidades que dejamos atrás. Al igual que el protagonista de la película *Fragmentado*, cada uno de nosotros es el resultado de una multiplicidad de decisiones y vivencias que nos configuran como seres humanos en constante transformación.

Me parece que hacer referencia a *Fragmentado* es crucial, pues se conecta de manera directa con la idea de que no somos un solo ser, sino una amalgama de distintas versiones de nosotros mismos, creadas por las experiencias que hemos vivido y las decisiones que hemos tomado. Al igual que las múltiples personalidades del protagonista, que surgen como respuesta a situaciones extremas de su vida, nuestras diferentes facetas son una reacción ante las circunstancias, pero también una consecuencia de las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra existencia.

Esos “yo” fragmentados, esos senderos que hemos tomado, son los que nos dan forma. Pero, a diferencia de la película, no estamos luchando con un trastorno psicológico; más bien, estamos participando de un proceso natural de construcción personal. Como el Dr. Torres Muñoz afirma, las decisiones no solo nos definen, sino que nos fragmentan, dividiéndonos en diferentes versiones de nosotros mismos, cada una de las cuales tiene algo importante que enseñarnos sobre quiénes somos realmente.

La frase de Freud, “*No hay encuentros, solo reencuentros*”, es un leitmotiv que atraviesa Senderos. Cada ensayo, en lugar de ser un encuentro con algo nuevo, es más bien un reencuentro con aquello que ya estaba en nosotros, pero que no habíamos comprendido por completo. A través de cada capítulo, nos enfrentamos a viejas preguntas, a viejas decisiones, pero con una nueva perspectiva, una mayor comprensión de nuestra propia historia.

En este sentido, Senderos no solo se convierte en una reflexión filosófica, sino en un proceso de autoexploración, donde cada reencuentro con nuestras ideas y decisiones previas nos permite construir una versión más completa de nosotros mismos.

Al avanzar por los distintos senderos del libro, el Dr. Torres Muñoz nos invita a reflexionar sobre el concepto de emancipación. En el ensayo 3, menciona que *estamos “alineados de quién buscamos emanciparnos”*, un enunciado que abre una pregunta crucial: ¿de qué nos estamos emancipando? Esta es una reflexión que puede parecer abstracta, pero que se conecta profundamente con nuestras propias luchas por comprender quiénes somos y qué queremos ser. ¿Estamos buscando emanciparnos de las expectativas sociales, de las normas que nos imponen o de las versiones de nosotros mismos que hemos creado en función de esas expectativas?

Este proceso de emancipación, tan central en la filosofía del Dr. Torres Muñoz, me llevó a pensar en la historia de Fyodor Dostoyevski, quien escribió *El apostador* como una forma de saldar sus deudas de juego. Dostoyevski, como sabemos, fue un hombre profundamente marcado por sus propias adicciones, en particular al juego.

En *El apostador*, el protagonista está atrapado en un ciclo de apuestas, en un intento de ganar algo que no sabe si realmente necesita, pero que lo consume con una urgencia casi irracional. Esa historia, que refleja las luchas internas de Dostoyevski, se convierte en una metáfora perfecta de cómo nos vemos atrapados por nuestras propias decisiones y cómo esas decisiones nos fragmentan. El protagonista de la novela no está solo jugando con el azar, sino que está jugando con su vida, apostando contra sí mismo, buscando una forma de redención a través de una victoria que nunca llega. Es una lucha por encontrar una salida, por emanciparse de una dependencia que lo controla, pero que, paradójicamente, lo define.

La relación entre *El apostador* y la reflexión del Dr. Torres Muñoz sobre la emancipación es clara: estamos constantemente buscando liberarnos de las “dependencias” que nos definen. Al igual que el protagonista de Dostoyevski, nos vemos atrapados por decisiones pasadas, por una multiplicidad de caminos tomados que nos han llevado a una vida fragmentada. Sin embargo, la verdadera emancipación no se logra a través de las decisiones que tomamos, sino a través de nuestra capacidad para reflexionar sobre esas decisiones, para comprender lo que nos han hecho y lo que aún podemos llegar a ser.

La emancipación no es un destino, sino un proceso, una serie de reencuentros con quienes fuimos, con lo que elegimos ser y con las decisiones que nos han llevado hasta aquí.

Pero lo más interesante de esta reflexión sobre la emancipación es que, a menudo, no somos conscientes de las cadenas que nos atan. Es fácil pensar que las estructuras externas, como las normas sociales o las expectativas académicas, son las que nos limitan, pero el Dr. Torres Muñoz sugiere que la verdadera liberación viene de nuestra capacidad para confrontar y entender nuestras propias limitaciones internas.

Así como el apostador se ve atrapado en un ciclo de pérdidas y victorias, nosotros también estamos atrapados en un ciclo de decisiones que, aunque

parezcan ofrecer una salida, solo nos llevan a nuevas encrucijadas. La emancipación, por lo tanto, no se encuentra en una simple ruptura con las estructuras externas, sino en una reconceptualización interna, una toma de conciencia de las decisiones que nos han llevado hasta aquí.

En este sentido, los ensayos de *Senderos* se convierten en un mapa de los diferentes senderos que hemos tomado y que, quizás, podríamos seguir tomando. Cada decisión, cada reencuentro con nuestra historia, nos da la oportunidad de elegir un nuevo camino, de reconfigurarnos y de liberarnos de las versiones de nosotros mismos que ya no nos sirven.

Este es el proceso de emancipación del que habla el Dr. Torres Muñoz: no se trata de romper con el pasado, sino de comprenderlo, de aceptarlo y de usarlo como una herramienta para seguir adelante. Es en ese acto de reflexión constante, en ese “reencuentro” con nuestras propias decisiones, que encontramos la verdadera libertad.

Y en este viaje de emancipación, quizás lo más importante sea aceptar que no hay sendero correcto o incorrecto. Cada camino recorrido, cada decisión tomada, nos ha llevado a la persona que somos hoy, y esa persona, fragmentada y múltiple, es la que sigue adelante, buscando nuevos senderos, nuevos reencuentros. Al final, como en *El apostador*, la verdadera liberación no se encuentra en ganar o perder, sino en aprender a vivir con las apuestas que hemos hecho y a reconstruirnos, paso a paso, a través de cada uno de esos caminos.

En este contexto de búsqueda interminable y fragmentación, el concepto de *felicidad líquida* de Zygmunt Bauman se convierte en un espejo perfecto de nuestra época. Tal como lo señala el sociólogo, vivimos en una sociedad donde la búsqueda de la felicidad se ha transformado en una meta fugaz, inalcanzable, que se disuelve tan rápido como la misma agua líquida.

En *Senderos*, el Dr. Héctor Torres Muñoz parece resonar con este diagnóstico cuando nos invita a reflexionar sobre las decisiones que tomamos y cómo esas decisiones, aunque fragmentadas, marcan nuestras trayectorias de forma irreversible. En ese sentido, cada capítulo de este libro no es solo una reflexión aislada, sino un sendero que sigue su propio camino, paralelo al de nuestras vidas, siempre incierto y siempre condicionado por lo que elegimos y lo que dejamos atrás.

La paradoja del ser humano contemporáneo es, en definitiva, la de sentir que estamos constantemente en búsqueda de una estabilidad que, en realidad, nunca se materializa. Nos fragmentamos en nuestras decisiones, en nuestras múltiples versiones de nosotros mismos, como si cada elección fuera una reencarnación, un giro más de la rueda existencial que nos aleja de un propósito fijo.

En lugar de encontrar una paz permanente, estamos condenados a vivir en una constante transformación, sin poder escapar de la disolución de nuestro ser, como el agua de un río que no se detiene. En este escenario, la *felicidad líquida* se convierte en una metáfora de esa búsqueda interminable que nunca acaba de satisfacernos completamente. Nos parece que, con cada cambio, nos acercamos un paso más a algo que nunca logramos atrapar. Y, sin embargo, es esa búsqueda misma la que nos mueve. En una era donde todo parece efímero, el miedo a la fragmentación se convierte en una de las mayores amenazas que enfrentamos: el temor de que nuestra existencia no tenga forma, no tenga consistencia.

En medio de esta fluidez, la emancipación aparece no como una fuga definitiva de esa fragilidad, sino como una forma de abrazar esa misma disolución. La emancipación no es escapar de la fragmentación, sino aprender a vivir dentro de ella, como nos sugiere el Dr. Torres Muñoz. Es comprender que, al igual que en *El apostador* de Dostoyevski, nuestras decisiones nos arrastran hacia destinos inciertos, hacia una deuda interminable con nuestros propios deseos.

El protagonista de Dostoyevski, sumido en su adicción y en su necesidad de continuar apostando para saldar sus deudas, se enfrenta a la idea de que, a pesar de sus esfuerzos, nunca alcanzará una solución definitiva. Su liberación, al igual que la nuestra, no proviene de alcanzar una meta, sino de aprender a caminar en medio de la ruina. De aceptar que las deudas, como las decisiones, son parte de lo que somos.

En ese sentido, la figura del *apostador* nos recuerda la forma en que nos hemos alineado con lo que buscamos emancipar, pero, al igual que él, lo que pretendemos liberarnos no está tan claro. Tal vez, como él, buscamos liberarnos de las expectativas ajenas, del peso de las normas sociales que nos dictan un camino fijo, pero al final nos encontramos atrapados en nuestra propia incertidumbre.

Y es aquí donde la teoría de la *felicidad líquida* entra en juego de manera decisiva: en lugar de seguir buscando una estabilidad inalcanzable, quizás la verdadera liberación consiste en aceptar la fluidez, la transitoriedad de nuestra existencia.

Es por eso que, al igual que en la obra de Dostoyevski, el proceso de emancipación no es un viaje lineal hacia la libertad, sino una serie de pasos fragmentados que nos invitan a cuestionar nuestras propias decisiones. La búsqueda de la estabilidad es una ilusión, y la emancipación, en este sentido, no es la huida de la fragilidad, sino la aceptación de que nuestra existencia está compuesta por esas pequeñas ruinas que dejamos a lo largo del camino. Lo que *Senderos* y Dostoyevski nos enseñan es que, a pesar de nuestras deudas con la vida, no hay un camino final, no hay una liberación definitiva. La emancipación radica en aprender a vivir con la fragmentación, en abrazar la fluidez de nuestra existencia.

Y, al final, tal vez la verdadera pregunta no sea si alguna vez alcanzamos ese estado de felicidad estable, sino si aprendemos a caminar en medio de la incertidumbre, si conseguimos aceptar que nuestra vida, como el río, siempre fluirá, siempre se disolverá en nuevas formas. La emancipación es ese acto de soltar el miedo a la fragmentación y entender que la libertad no está en encontrar un hogar fijo, sino en la capacidad de recorrer los caminos que se nos presentan, sabiendo que ninguno de ellos nos llevará al mismo destino, pero que todos, de alguna manera, nos conforman. En la búsqueda de la *felicidad líquida*, quizás lo más importante no sea el final, sino cómo nos enfrentamos a la transitoriedad, cómo aprendemos a disfrutar del paso por el sendero, sin esperar un destino fijo.

Tal vez ese es el reto al que nos invita *Senderos*, un desafío nacido de la naturaleza misma del libro: aprender a vivir en un estado constante de incertidumbre, fluyendo en ella sin el temor de perdersen. Esta fluidez es, quizás, la forma más pura de emancipación, como una lección silenciosa que nos recuerda que la vida no es un sendero claro y definido, sino una serie de bifurcaciones que nos desafían a escoger sin garantías, a caminar sin certezas.

Y es que, al igual que esas tormentas interiores que sin previo aviso nos desatan, *Senderos* llega a nuestra alma como una melodía que nos sacude y, a la vez, nos ofrece la posibilidad de encontrar belleza en el caos. Nos invita a explorar no solo los caminos exteriores, sino los territorios internos que nos definen, esos que, en

su turbulencia y desconcierto, nos transforman de formas que ni siquiera comprendemos en el momento.

Al final, quizás la verdadera lección no sea encontrar el sendero correcto ni aferrarnos a la idea de un destino claro, sino entender que cada uno de esos caminos, con todas sus dudas y bifurcaciones, nos lleva hacia un destino marcado por las huellas de nuestras propias decisiones. Como el viento que nos empuja a movernos, el libro nos enfrenta a la incertidumbre como algo no solo inevitable, sino necesario para la construcción de nuestra identidad, sugiriéndonos que, en lugar de temerle, debemos aprender a caminar en ella, conscientes de que, aunque incierta, la dirección siempre la damos nosotros.

Y al final, como esa tormenta que nos despierta sin previo aviso, el libro nos enseña que, dentro de su caos, también hay revelaciones, que, en el desorden de los senderos, **la verdad no está en los destinos, sino en la huella que dejamos al caminar.**

Referencias

- Torres, H. (2023). *Senderos. Ensayos sobre filosofía, educación y psicoanálisis*. San Luis Potosí, México; Editorial El Diván Negro.